



El Puente de Córdoba

Era la entrada principal de Lucena, aunque fuera maloliente, estrecho y peligroso. En él comenzaban los adoquines de la carretera, de la época de D. Antonio Víbora y la Dictadura de Primo de Rivera. Cuando venías en moto, cambiaba bruscamente la suavidad del alquitrán por los saltos sobre el adoquinado, el cambio de marcha y la inclinación necesaria para dar una curva tan cerrada. Después ya veías la gasolinera de los Serranitos y sabías que estabas en el pueblo y acelerabas hasta encabritar la moto si ibas a ver a tu novia. Era la vuelta a casa. Desde Córdoba, exámenes, médicos, o viernes de regreso de la mili.

La salida, por el contrario, era siempre un inicio de algo nuevo, ya fuera porque iba en la Alsina a Córdoba o bien, si de niño, constituía el cruce de muchos caminos posibles en mis paseos con mi padre. A la derecha estaba el camino de la estación, que a su vez se bifurcaba en varias posibilidades. Entre este camino y la carretera de Córdoba estaba la senda ancha que llevaba a la vía, ruta que recuerdo haber seguido muchas veces, si mi padre estaba impaciente por ver olivos, o aquel día de gran nevada en el que hundimos las botas en barro helado para ver las besanas blancas. De frente se iba al viaducto, también con sus posibilidades de volver por la vía, y a la izquierda, la carretera de Puente Genil, muy poco frecuentada, sin regreso alternativo, por lo que la elegíamos menos.

Junto al puente, algo más arriba, había dos o tres molinos y almacenes medio abandonados y enfrente un ventorrillo con una edificación pequeña y hexagonal (¿un fielato o un kiosko?) que me llamaba la atención siempre que pasaba junto a ella. A veces tomábamos una sendita estrecha a la derecha junto a las tapias para llegar al Paseo de Rojas. Por afortunada

casualidad, la calle dedicada a mi padre en el pueblo sigue un trazado muy cercano a esa senda por la que él vigiló, según su costumbre, las obras de ampliación del pueblo carretera abajo.

El pretil y los poyetes nos servían para recobrar el aliento si veníamos de lejos, aunque en los últimos tiempos aumentó la circulación y eran peligrosos. Desde ellos olías el “Mísere” perderse entre pequeñas huertas y cañaverales y evaluabas sus crecidas en temporales y tormentas. Entonces olía menos. Un año pusieron el cartel de “Río Lucena”, compasivos ante su mísera realidad. Recuerdo aquella ocasión en la que supimos que iba a llegar un transformador nuevo a la Electra y estuvimos horas deambulando por allí hasta que apareció, lento y solemne, un camión de veinte ruedas soportando aquella masa de hierro y cables, que, afortunadamente, no hundió nuestro querido puente. Los curiosos del pueblo seguimos su ruta triunfal hasta que entró a duras penas por el portalón. Fue un gran día. También por allí esperé a Franco vigilando a mis alumnos y sus banderitas, aquel día en el que dicen que apenas miró al alcalde ni cogió el ramo de flores ofrecido a doña Carmen.

En los años ochenta aquello se fue llenando de industrias, abrieron el cruce nuevo y desapareció para siempre la curva cerrada que nos daba una sucia bienvenida a nuestro pueblo. Últimamente he pasado varias veces con el coche y con tantas novedades no he sabido en qué momento justo atravesaba el puente, y tampoco percibí su olorcillo. Si se ha perdido, se habrá ido con él una seña de identidad de Lucena.